

La cuestión del trauma en la interpretación del pasado

Sabina Loriga

I

La cuestión del trauma nos acompaña desde hace tiempo. La abordamos por primera vez en diciembre de 2000 con motivo de un seminario dedicado a *Memoria, historia, olvido* de Paul Ricoeur. En esta obra Ricoeur aborda, a partir de dos textos esenciales de Freud, *Recuerdo, repetición y elaboración* (1914) y *Duelo y melancolía* (1915), las tribulaciones de una memoria colectiva lastrada, es decir, de una memoria herida, enferma, que lleva a una sociedad a sustituir el recuerdo verdadero por la repetición (la «compulsión de la repetición»). Cinco años después hemos vuelto sobre la cuestión del trauma en el marco de una reflexión compartida sobre el anacronismo gracias a la lectura y a la discusión del texto de François Davoine y Jean-Max Gaudillière *Histoire et trauma*, centrado en la relación entre la locura y el vínculo social, esto es, en la idea de que las microhistorias singulares solo pueden explicarse en conexión con la gran Historia. Posteriormente tuvimos ocasión de abordar esta cuestión en conversación con Hugo Vezzetti y en el marco del seminario que impulsamos junto con Jacques Revel. El pasado verano pudimos profundizar asimismo en ciertas dimensiones psíquicas del trauma con Roberta Guarnieri y la cuestión de las expresiones artísticas del trauma con Giovanni Careri, Angela Mengoni y Bernhard Rüdiger.

Las jornadas sobre trauma e interpretación del pasado se apoyan así en una larga experiencia de investigación conjunta. Pero también se abren al porvenir. Son las primeras del «Taller sobre usos públicos de la Historia» fundado hace dos años y esperamos poder repetir la experiencia el año próximo. En la perspectiva propia del Taller, se basan en dos opciones concretas.

La primera de estas opciones tiene que ver con lo que podríamos llamar la geografía de los asuntos: nos parece esencial ir más allá de la dimensión nacional y apuntar a formas de internacionalización e incluso de globalización. Hemos decidido por consiguiente poner en el centro del debate situaciones dispares: después del genocidio armenio se abordará la situación de otros países como Nicaragua, Benín, Argentina, Ruanda, Argelia, Camboya. La lista está lejos de ser exhaustiva. Leyendo los títulos de las intervenciones puede sorprender, especialmente, la débil presencia de la Shoah. Pero es una ausencia sobre todo aparente. Lejos de minusvalorar la política de exterminio físico y cultural del Estado nazi

ni sus efectos traumáticos sobre los grupos perseguidos, esta opción deriva de la convicción de que la Shoah siempre está *ahí*, que sigue siendo el término de comparación ineluctable: podría decirse que representa una especie de parámetro en la medida en que ha pasado a ser la referencia para otros genocidios y también para las reflexiones sobre el trauma. (Basta pensar, en este aspecto, en la filiación política y estética entre *S21, la máquina de muerte de los Jmers rojos*, el film de Rithy Panh, y *Shoah* de Claude Lanzmann.)

La segunda consideración tiene que ver con la confrontación con otras formas de conocimiento del pasado. Ya lo sabemos: los historiadores profesionales no tienen la exclusiva de la interpretación del pasado. Por esta razón, en tanto que historiadores y filósofos hemos optado también por establecer una relación estrecha con psicoanalistas, sociólogos, historiadores del arte y de los artistas, y contrastar los usos que se hacen de la noción de trauma.

II

La historia del término «trauma» y de su psicologización ha sido trazada en diversas obras (véase, en particular, Ruth Leys). En esta perspectiva, se ha subrayado especialmente el peso de los diferentes fenómenos sociales propios de los siglos XIX y XX. Así, podemos señalar:

Los accidentes de trabajo o de ferrocarril, analizados por Hermann Oppenheim, quien introdujo en 1888 el concepto de «traumatismo psíquico».¹¹

Las agitaciones y revueltas sociales, de la Comuna a la Revolución rusa de 1905,²² hasta llegar a los atentados terroristas de las últimas décadas.

La guerra. Sobre todo durante la Primera Guerra Mundial la psiquiatría militar se interesó por el «shock de trinchera» (*Shell-shock*), causado por el terror de los bombardeos de artillería y el horror de la carnicería de cuerpos destrozados, así como por la «traumatofobia» (literalmente, «miedo a las heridas»), *alegado para justificar* las condenas y ejecuciones por «cobardía ante el enemigo».³³ Cincuenta años después, la guerra de Vietnam originó un renovado interés por la patología traumática, que pasó a ser conocida cada vez más bajo el nombre de *trastorno de estrés postraumático*, cuyos síntomas se presentaban mucho después de la vivencia del acontecimiento traumatizante.⁴⁴

La Shoah, que ha mostrado de manera repetida la dificultad de creer en la increíble realidad de los campos y por tanto la necesidad, para el superviviente, de hallar no solo un interlocutor que acepte escucharle y entenderle, sino también un testigo de su propio trauma.

Más recientemente, se ha planteado la cuestión del trauma colectivo en medio de la vida civil, a propósito de las víctimas de las agresiones criminales y de las violaciones (*Rape trauma syndrom*).

Sin duda esta cronología, centrada en los siglos XIX y XX, está ligada a la evolución de las concepciones psicológicas. Hasta el punto que se ha podido decir: «Si los años 60 fueron los de la esquizofrenia y los 70 los de la depresión, los años 80 son los de la ansiedad y el estrés postraumático, que aparece en la clasificación internacional del DSM IV como una respuesta adaptativa aguda, fenómeno psicótico breve y transitorio, que implica desdoblamiento, despersonalización, disociación, depresión, ansiedad, modificaciones patológicas de la personalidad» (véase Abram Coen).

Con todo, como han puesto de relieve Didier Fassin y Richard Rechman, lejos de ser el resultado exclusivo de una reflexión médica estricta, la afirmación del tema del trauma se sitúa en los lindes de la psicología, de las ciencias sociales, de los estudios jurídicos (pues las secuelas de una situación traumática pueden generar una demanda de reparación). En los últimos años el concepto de traumatismo aparece cada vez más frecuentemente fuera del campo clínico, en las tentativas de transmitir la experiencia de los supervivientes, de los salvados, así como de las víctimas indirectas de los genocidios del siglo XX, aquellos que no vivieron el acontecimiento traumático pero que se han visto afectados de lleno por la magnitud de la pérdida (como los hijos de los supervivientes). Aceptado por las ciencias sociales, el concepto de trauma constituye también elemento nuclear de muchas obras literarias y creaciones artísticas. En suma, el concepto de trauma, o de traumatismo, que ha sido siempre central en el aparato teórico del psicoanálisis y de la psiquiatría, está plenamente de actualidad.

Como ha subrayado Cathy Caruth, la difusión de la noción de trauma indica que ha aumentado la sensibilidad hacia la manera en que determinados acontecimientos históricos perturban gravemente las capacidades de simbolización de los individuos, atacan su capacidad de pensar. A partir de esta toma de conciencia se empezó a ampliar la cuestión del trauma desde el plano individual al colectivo. En las últimas décadas el concepto tiene cada vez más una connotación de grupo: se habla de «trauma secundario» en el caso de la familia, de «fatiga de compasión» o *burn out* en el de los profesionales, de «transmisión intergeneracional» para los descendientes de la segunda e incluso de la tercera generación (véase Helen Epstein). Como ha indicado Paul Ricoeur, a partir de la constitución bipolar de la identidad personal es legítimo transponer al plano de la memoria colectiva y de la historia las categorías patológicas que propuso Freud. Dada la relación fundamental de la historia con la violencia, la memoria colectiva está impregnada de heridas simbólicas que requieren curación. Se puede por tanto hablar de traumatismo, de herida de la memoria, de objeto perdido, de conducta de duelo, etc., también en el caso de comunidades o de grupos.

Sin embargo, cuando se repasa por encima el tratamiento reciente de la cuestión en ciencias sociales, se tiene a veces la impresión de que se utiliza la noción de trauma (y los términos estrechamente ligados a ella: víctima, duelo, resiliencia) como si fuese portadora de su propia explicación. ¿No estamos ante una

ampliación imprecisa del término, ante una especie de banalización? El riesgo es contentarnos con una visión demasiado obvia y «factual» del trauma, perder su espesor temporal, las estratificaciones y reparaciones y también olvidar el reto consistente en considerar las dimensiones de la vida psíquica en la interpretación del pasado. Sin querer reafirmar una visión ortodoxa, parece importante interrogarse sobre la reaparición pre-psicoanalítica de la noción de trauma, a menudo combinada con la difusión de las técnicas de *debriefing* o *defusing*, mediante las cuales cabría «poner los males en palabras» de manera que se obtuviese «muy rápidamente una reacción en los sujetos que han sufrido un trauma y una suerte de curación en relación al acontecimiento» (véase Alain Vanier, cit. en Catherine Saladin). La difusión de estas técnicas parece haber fomentado la idea de que el trauma es una experiencia inmediatamente reconocible, susceptible de recuerdo y de designación.

III

En este sentido parece de interés subrayar al menos dos aspectos conceptuales. De entrada, en la tradición psicológica el concepto de trauma está ligado en general a un desarreglo de la memoria. Veamos algunos ejemplos clásicos.

En las *Leçons sur les maladies du système nerveux* (1885-1887), Charcot, apoyándose en siete casos de histeria en hombres, señala que los síntomas histéricos se deben a un «shock» traumático que provoca una disociación de la conciencia; debido a esto el recuerdo queda inconsciente. Pocos años después, en su tesis *L'automatisme psychologique* (1889). Pierre Janet analizaba 21 casos de neurosis traumáticas. Destacaba la desagregación de la conciencia que parecía caracterizar a los pacientes traumatizados, así como la presencia de ideas fijas, vago recuerdo del acontecimiento traumatizante. Esta idea atraviesa igualmente el psicoanálisis para el que una de las características del trauma es su represión. El concepto de trauma ocupa un lugar central en la obra de Freud, de principio a fin: desde los *Estudios sobre la histeria* (1895) a *Moisés y la religión monoteísta* (1939). El concepto experimentó, a medida que su obra avanzaba, importantes reformulaciones, en particular la relativa a su dimensión real o fantasmagórica.⁵⁵ Pero Freud es siempre sensible a la idea de que la experiencia se desencadena en función de algo imposible de enunciar, de algo imposible de soportar, algo reprimido de entrada o originariamente, que queda borrado, y que se carga de un sentido que le es de alguna manera ajeno. El último autor clásico que mencionaremos, largo tiempo en la penumbra, es Sandor Ferenczi, quien subrayó en diversas ocasiones el peso de los acontecimientos exteriores en el desencadenamiento de las neurosis traumáticas. Escribe: «son siempre conmociones y conflictos reales con el mundo exterior los que devienen traumáticos y tienen un efecto de shock y dan un primer impulso a una orientación anormal de desarrollo; estos preceden siempre a la

formación de los resortes psíquicos originadores de neurosis, por ejemplo también los de la conciencia moral». Para Ferenczi el trauma (en particular el trauma precoz) perturba gravemente la capacidad de simbolización. En consecuencia para el individuo traumatizado la escena traumática es inaccesible; concibe intelectualmente la escena, pero a la vez duda de su existencia. El acontecimiento traumático se acompaña de una amnesia relativa.

En esta perspectiva, lejos de asociarse de manera inmediata a la noción de recuerdo y de testimonio, la noción de trauma se asemeja a un vacío, a un agujero, que reclama un trabajo indiciario indirecto. Esta dimensión de vacío, expresada de manera deslumbrante por W.G. Sebald en su relato sobre la vida mutilada de Jacques Austerlitz, ha sido corroborada por numerosas víctimas.

En sus memorias escritas al final de la Primera Guerra Mundial el oficial inglés Charles Edmund Carrington escribía (bajo el pseudónimo de Charles Edmonds): «somos una generación de iniciados que comparten un secreto que no puede ser comunicado» (véase Eric Leed). Robert Graves parece compartir esta opinión. Dice: «no se puede referir un ruido que no cesa jamás, ni un solo instante». Recientemente Dori Laub y Nanette C. Auerhahn han escrito, a propósito de la Shoah, que la dificultad de comunicación no solo tiene que ver con la relación del superviviente con los demás, sino también con la relación del superviviente consigo mismo: «en esta forma de memoria traumática el centro de la experiencia ya no es el 'yo' que tiene una experiencia. Los acontecimientos se producen en alguna parte, pero ya no están ligados al sujeto consciente (...). Este estado de conciencia doble que consiste en saber y no saber deja al superviviente sumido en el dolor que siente no solo por las personas muertas que estimaba sino también por los recuerdos que ha perdido. La falta de saber impide revivir la desesperación que acompaña al recuerdo pero deja al superviviente solo y desconocido para sí mismo». Por su parte, Caty Caruth amplía esta observación a toda situación traumática al hablar de «la incapacidad para observar plenamente el acontecimiento tal como sucede o la capacidad para observar plenamente el acontecimiento solo a costa de observarse a uno mismo».⁶⁶ Diversos artículos del número de la *Revue française de psychanalyse* dedicado a «Deber de memoria: entre la pasión y el olvido», publicado el año 2000, insisten en esta incapacidad debida también al hecho de que el trauma obstaculiza la formación de recuerdos organizados verbalmente, pues como escribe Simon Korff-Sausse, «el sujeto traumatizado es doble: es quien sufre la violencia de los otros, pero también quien participa en ella en el plano fantasmagórico».

No se trata de que los acontecimientos traumáticos sean imposibles de nombrar o verbalizar sino de que la relación entre trauma y testimonio está lejos de ser evidente. ¿Cómo decir una verdad que no ha visto la luz como consecuencia del trauma? ¿Cómo tomar la palabra si el trauma impacta en la narración e implica la pérdida de confianza en los «otros»? La cuestión es aún más compleja si se trata de rendir testimonio público. En los últimos años muchas instituciones

políticas y mediáticas han dado por sentada la idea de que el hecho de tomar la palabra contribuye a la elaboración del trauma. La consigna parece ser: liberar la palabra. Se concibe la expresión pública, tal como enseñan los casos de Suráfrica y Ruanda, como una experiencia catártica indispensable para dejar atrás la tragedia y estimular la reconciliación. Sin embargo, cabe dudar de la palabra pública. ¿No se corre el riesgo de que tomar la palabra venga a simular una estrategia de olvido y un retorno precoz a la normalidad, que fomente una suerte de negación? (Véanse, en este sentido, las observaciones de Eric L. Santer sobre las aproximaciones idolátrica y fetichista a la Shoah). Como ha escrito Rachel Rosenblum, se puede morir por enunciar, por decir la catástrofe: «se puede morir porque algunas cosas no hayan sido dichas jamás. Pero también se puede morir porque hayan sido dichas, porque hayan sido ‘mal’ dichas o ‘mal’ escuchadas, o ‘mal’ recibidas».

El segundo aspecto conceptual al que me referiré tiene que ver con la dimensión temporal. Para Freud hay un acontecimiento que desencadena el trauma, pero este acontecimiento se inserta en una temporalidad muy compleja. La noción de *Nachträglichkeit* (posterioridad), formulada en 1896 en una carta a Wilhelm Fliess, indica que el trauma sigue un proceso de estratificación temporal, basado en dos tiempos. El acontecimiento primario es evocado después por otro acontecimiento «de apariencia banal», es decir, que en un contexto histórico y subjetivo posterior, el individuo revisa o reorganiza los acontecimientos pasados dándoles una nueva significación. A través de la noción de posterioridad, Freud recalca que en un momento posterior se saca a la luz lo que fue o pasó pero no podía decirse.⁷⁷

Por su parte Sandor Ferenczi piensa que el trauma es bifásico. Reconoce la estrecha vinculación existente entre los shocks psíquicos y la realidad externa y entiende que la incidencia de ésta se estructura en dos etapas: la del acontecimiento traumático en sentido propio y, posteriormente, la del silencio de los otros, que a veces por motivos bienintencionados evitan mencionar el carácter traumático del acontecimiento.

Otra apreciación temporal importante es la de Masud Khan, cuando subraya que el trauma puede formar parte también de lo más corriente u ordinario. Los estragos desorganizadores pueden ser resultado de una acumulación a largo plazo de micro-traumatismos de carácter insidioso. En este sentido, en *Le soi caché*, Khan habla del «trauma acumulativo», resultado de una exposición iterativa y tóxica. Desde este punto de vista habría un trauma invisible resultante de una exposición reiterada a acontecimientos de vida negativos debido a la ausencia de un contexto capaz de construir una confianza de base.

Pero consideremos una cuestión. La vulgarización del término trauma, ¿no puede acabar reduciendo y simplificando de manera excesiva el proceso de estratificación temporal que han puesto de relieve, desde perspectivas distintas, Freud, Ferenczi o Masud Khan?

IV

Estas son las cuestiones, entre otras, que nos interesa abordar. No se trata sin duda de reafirmar una concepción ortodoxa del trauma sino de reflexionar conjuntamente sobre los usos de esta noción. Y de hacerlo empíricamente, a través de casos específicos, de manera que se eviten las generalizaciones. Para concluir aduciré un fragmento de un artículo de Rosine Crémieux aparecido en la *Revue française de psychanalyse* (2000/1): «como muchos antiguos deportados que se hicieron luego psicoanalistas siempre me han preocupado mucho las tendencias totalizadoras de las teorías psicoanalíticas aplicadas a nuestro comportamiento. (...) Lo que me inquieta es la generalización. Como si fuéramos *Stücke* (palabra alemana que significa trozo, pieza, utilizada por los nazis para referirse a los deportados) intercambiables, sin nuestra personalidad, sin nuestra historia, sin pasado».

Traducción de Gustau Muñoz

NOTAS

1. Su obra *Die traumatische Neurosen*, de 1888, presenta 42 casos de neurosis consecutivas a accidentes de trabajo o accidentes de ferrocarril (*railway brain*). Propone una tesis psicogénica: el terror (*Schreck*) puede generar un hundimiento psíquico o afectivo intenso susceptible de provocar una alteración psíquica duradera.
2. Véase la obra del médico alienista Ludger Lunier *De l'influence des grandes commotions politiques et sociales sur le développement des maladies mentales. Mouvement de l'aliénation mentale en France pendant les années 1869 à 1873* (París, 1974), así como los dos textos del psiquiatra polaco Adam Cygielstreich publicados en *Annales Médico-Psychologiques*, en 1912, dedicados a las alteraciones psíquicas de guerra durante la contienda ruso-japonesa de 1904-1905.
3. El término fue inventado en 1915 por el psicólogo inglés Charles Samuel Myers (1873-1946).
4. En la década de 1980 el *Post-Traumatic Stress Disorder (PTSD)* fue reconocido oficialmente por la Sociedad Americana de Psiquiatría.
5. En una famosa carta a Wilhelm Fliess, del 21 de septiembre de 1897, Freud desplaza el acento del acontecimiento real al psiquismo: parece dejar atrás la idea de que siempre hay un trauma real en el origen de las neurosis y atribuir capacidad traumatógena al fantasma. Esta perspectiva, que abría la posibilidad de que no haya correspondencia directa entre la realidad histórica y el recuerdo, fue reconsiderada y discutida después de la Primera Guerra Mundial. En *Más allá del principio de placer* (1920), analizando las pesadillas de los soldados, Freud explica que la neurosis traumática se desarrolla a raíz de que un acontecimiento violento y súbito cause terror (la señal de angustia no permite ya al Yo protegerse de la agresión). Para una reconstrucción de la historia del concepto de trauma en Freud, véase Sylvie Dreyfus, «Le traumatisme psychique: organisation et désorganisation», *Revue française de psychanalyse*, 2005.
6. Por su parte, el DSM III-R, el manual de diagnóstico y estadística de las alteraciones mentales publicado por la Sociedad Americana de Psiquiatría en 1987 hace hincapié en la dimensión amnésica («inability to recall an important aspect of the trauma»).
7. Como escribe en el caso de Emma (*L'Esquisse, Naissance de la psychanalyse*, cap. «Psicopatología de la histeria»), el acontecimiento primario es una condición del trauma, pero desarrolla su potencial traumático solo a raíz de otros acontecimientos posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

- BOKANOVSKY, Thierry: «Traumatisme, traumatique, trauma. Le conflit Freud/Ferenczi», Conférence Société psychanalytique de Paris 2001: <<http://www.spp.asso.fr/main/conferencesenligne/Items/14.html>>.
- CARUTH, Cathy, *Trauma: Exploration in Memory*, Baltimore-Londres, The Johns Hopkins University Press, 1995.
- CHIANTARETTO, Jean-François, *Écriture de soi et trauma*, Anthropos, 1998.
- COEN, Abram, «Le traumatisme cumulative», *Figures de la psychanalyse*, 2003, 1/8.
- EPSTEIN, Helen, *Children of the Holocaust*, Putnam, 1979 (Trad. fr.: *Le traumatisme en heritage: conversations avec des fils et des filles de survivants de la Shoah*, París, La Cause des Livres, 2005).
- FASSIN, Didier y Richard RECHTMAN, *L'Empire du traumatisme, Enquête sur la condition de victime*, París, Flammarion, 2007.
- FELMAN, Shosana y Dori LAUB, *Testimony: Crisis of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, Nueva York, Routledge, 1991.
- KAES, René, Janien PUGET *et al.*, *Violence d'état et psychanalyse*, París, Dunod, 1993.
- LACAPRA, Dominick, «Trauma Studies: Its Critics and Vicissitudes», en *History in Transit: Experience, Identity, Critical Theory*, Ithaca, Cornell University Press, 2004.
- LAUB, Dori y Nanette C. AUERHAHN, «Knowing and not Knowing Massive Psychic Trauma: Forms of Traumatic Memory», *International Journal of Psycho-Analysis*, 1993, 74/2.
- LEED, Eric, *No Man's Land. Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- LEYS, Ruth, *Trauma: a Genealogy*, Chicago, Chicago University Press, 2000.
- REVUE FRANÇAISE DE PSYCHANALYSE, «Devoir de mémoire: entre passion et oubli», 2000, n° 1, vol. 64.
- RICOEUR, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000.
- SALADIN, Catherine, «Témoigner aujourd'hui», *Figures de la psychanalyse*, 2003, 1/8.
- SANTER, Eric L., *History beyond the Pleasure Principle*, en Saul Friedlander (ed.), *Proving the Limits of Representation: Nazism and the «Final Solution»*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992.

.....
 SABINA LORIGA es directora de estudios del EHESS (París). Este artículo reproduce su presentación de las jornadas sobre trauma e interpretación del pasado promovidas por el «Atelier International de Recherches sur les Usages Publics du Passé» (Programa de Investigaciones Interdisciplinarias de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, EHESS). Publicado en la web de l'Atelier International des Usages Publics du Passé el 6 de julio de 2012.